

LA HABANA VIEJA, MONUMENTO NACIONAL

Antonio Núñez Jiménez

LA Habana Vieja, Monumento Nacional, con sus casas, palacios, iglesias, plazas y calles ha constituido una de las empresas de construcción más extraordinarias de los cubanos a través de todos los tiempos: ayer cabecera de la colonia y hoy parte señera de la capital del primer Estado socialista del Hemisferio Occidental.

La Habana ha tenido una significación que ha trascendido en mucho los marcos geográficos de nuestro archipiélago. Fundada en 1514 en la pantanosa costa del Sur, no tardó en comenzar una andariega existencia de acuerdo con las vicisitudes de la historia de aquellos primeros años de la conquista hispánica. Así, al descubrirse el Canal de Bahamas, la Bahía de La Habana se convirtió en el punto clave para las comunicaciones entre el Nuevo y el Viejo

Mundo. Entonces la primitiva Habana se trasladó a orillas del río que los indios llamaban Casiguagua y que los españoles bautizaron Almendares, mudándose finalmente para las márgenes de la bahía con el nombre de San Cristóbal de La Habana, hacia 1519, hecho debido a que desde antes de mediar el siglo XVI fue convertida nada menos que en el punto de reunión de todas las flotas del imperio español que salían —y regresaban—, tanto las armadas que partían repletas de oro y plata de los virreinos de México, Nueva Granada y aun de las flotas que transportaban desde el istmo de Panamá el fabuloso botín obtenido del antiguo incario. Tales fueron las circunstancias por las cuales La Habana creció signada por influencias culturales internacionales. Aquí, en este crisol extraordinario, se fundieron y transculturaron los valores de Castilla y Andalucía y de las otras Españas, con factores indocubanos, con vigorosas corrientes de África y aun con factores floridanos, mexicanos, quechuas y de otras culturas americanas.

Antonio Núñez Jiménez es geógrafo e historiador. Viceministro de Cultura y presidente de la Comisión Nacional del Descubrimiento de las Culturas del Viejo y Nuevo Mundo.

Los españoles aportaron el tronco fundamental de la cultura cubana y con ellos vinieron los trasfondos clásicos de Grecia y Roma y la influencia de Arabia. Como España salía apenas del secular dominio de los moros, La Habana desde sus inicios tuvo también de manera resaltante, el sello moruno de su arquitectura. Es también de señalarse que junto a los peninsulares vinieron hijos de pueblos relacionados imperialmente con España: alemanes, italianos... De ahí la riqueza pletórica de nuestra cultura que en el siglo XIX recibió, además, aportes de Asia y Francia, sin olvidarnos que en la presente centuria se hicieron patentes no pocas influencias norteamericanas, todo lo cual enriqueció lo internacional de nuestra cultura e hizo de La Habana Vieja una síntesis de alta valoración internacional.

De un profundo análisis de la historia de Cuba, surge la evidencia de que su riqueza fundamental fue, en los primeros siglos, la situación geográfica de La Habana, pues la isla carecía de oro, plata y otros recursos que sí caracterizaron a los ubérrimos virreinos continentales, a donde emigró gran parte de la población española inicialmente asentada en Cuba.

La verdadera riqueza de nuestro país en general y de La Habana aquel entonces, para el imperio español, tenía su fundamento en ser el estratégico trampolín del cual partían sus flotas de conquistas para tomar por asalto el imperio de Moctezuma y la conquista de Florida, sin olvidarnos de los muchos elementos que de aquí salieron para fortalecer la columna de Francisco Pizarro, que tomó el imperio de los incas, y de que en el siglo XIX los ingleses fueron atacados desde La Habana, en Charleston, Nueva York y Boston.

Ya en 1572 la Universidad de los Maestros y Pilotos y Navíos de la Ciudad de Sevilla exponía al Rey Felipe II la importantísima misión que la geografía y la historia habían dado al puerto habanero, del que dijo:

“Porque es puerto de grande escala donde vienen a parar las naos y flotas de Nueva España y tierra firme y Honduras con todas las riquezas y es llave y puerta del embocamiento del canal de Bahamas, por donde salen las naos para venir a España y ser reparo de los pueblos y fuerzas de la Florida”.

El 3 de enero de 1604 el Gobernador de Cuba, Pedró Valdés, escribía al Rey de España: “y pues, a V. M. le consta que el enemigo siempre ha puesto la mira en si pudiese tomar este puerto y presidio por conocer que es el de mayor importancia que tiene

V. M. en estos sus reinos de las Indias y llave de todos ellos”...

Tal fue la valoración que España daba a La Habana en 1683 que Francisco Dávila Orejón, Gobernador y Capitán General de la Isla de Cuba, publicó en Madrid su libro *Excelencias del arte Militar y barones ilustres*, donde exclamó en tono profético:

“¡Oh Havana! Puerto ilustre, erario seguro, reposo de los mayores tesoros que ha visto el universo” (...)

“No sólo conozco lo que eres, pero también lo mucho que intrínsecamente vales. Contéplate el fiel de los riquísimos Reinos, balanzas que remiten el precio que contienen el seguro de tu rectitud, para ofrecerlo a su legítimo dueño”.

“Oh Havana, la menor de América. Ante tu formal grandeza célebre serás en la posteridad de los siglos” (...)

No obstante la pobreza general del territorio cubano, en La Habana se construyó el más poderoso sistema de fortificaciones militares de todo el Nuevo Mundo —la Fuerza, el Morro, la Punta, la Cabaña, la Chorrera, Cojímar, Bacuranao— y más tarde el Príncipe y Atarés.

La situación estratégica de La Habana para la defensa de todo el sistema militar español en el Nuevo Mundo fue la causa por la cual el elevadísimo costo de gran parte de aquel sistema estratégico construido en La Habana fue pagado directamente por el virreinato mexicano.

Por su importancia singular, La Habana Vieja ha merecido el hecho de haber motivado la fundación del Primer Grupo Nacional de Trabajo que debe trazar los lineamientos del cuidado, restauración y conservación de sus incalculables tesoros arquitectónicos y culturales.

Esta labor se desarrollará sin duda en un marco de dificultades muy grandes. Y esto es lo más hermoso que tenemos por delante: salvar una obra de 6 siglos y de catedrales y fortalezas, de palacios y murallas, de plazas y calles y sobre todo del espíritu del pueblo constructor que anida en cada piedra noble, en cada balcón morisco, en cada columna y en cada arco donde aún pervive el esfuerzo constructivo del indio, del español, del africano y del criollo que a lo largo del tiempo echaron a andar por los caminos de la historia para construir la ciudad que hoy es asiento y capital del primer Estado de obreros y campesinos de América.